

H
100
P919p



PRAXIS 55

Departamento de Filosofía



ISSN-1-409-309X

UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA



**SECCIÓN DEL
DOCTORADO EN
PENSAMIENTO
LATINOAMERICANO**



CONSTANTINO LÁSCARIS Y LA FILOSOFÍA COSTARRICENSE

Dr. Arnoldo Mora Rodríguez
Doctorado Estudios Latinoamericanos
Departamento de Filosofía
Universidad Nacional, Costa Rica

En abril de 1998, faltando poco más de un año para conmemorar el vigésimo aniversario de su prematura e inesperada muerte, en una de sus últimas decisiones de ese período, la Asamblea Legislativa otorgó al Dr. Constantino Láscaris Comneno la máxima distinción que nuestra Patria concede a un ciudadano ilustre, al declararlo por unanimidad y prácticamente por aclamación BENEMÉRITO DE LA PATRIA. Es más que justo que, quienes hoy nos dedicamos en Costa Rica siguiendo sus huellas, al cultivo profesional de la filosofía, honremos su memoria bajo todas las formas. Y una de ellas —la de más valor tratándose de un creador en el plano del pensamiento y la que, sin duda, más le agradaría al Dr. Láscaris— consiste en estudiar su pensamiento y analizar su obra. Es lo que aquí trataremos brevemente de hacer a propósito de su ubicación en la historia de la filosofía en Costa Rica y su aporte a la misma. Nos basamos fundamentalmente en su propio pensamiento gracias al análisis de sus obras.

Con ocasión de su muerte, uno de sus más cercanos amigos y colega de muchos años, el Lic. Guillermo Malavassi Vargas, comenzaba un emotivo y testimonial artículo periodístico con estas significativas palabras: “El fallecimiento del Dr. Constantino Láscaris cierra una etapa en la historia costarricense”. Y a continuación se ocupaba en hacer una breve pero significativa enumeración de la ingente labor, llevada a cabo por el Dr. Láscaris en lo que se refiere a la promoción y organización de los estudios filosóficos en nuestro

medio, durante sus 23 años de estadía en nuestro país. Finalmente, el Lic. Malavassi terminaba su artículo en homenaje al ilustre desaparecido con este calificativo, que a ningún otro intelectual costarricense se le había dado: “Padre y Maestro de los filósofos nacionales” (Láscaris, C. y Malavassi, G., 1985, pp. 7-8). No deja de ser significativo que esto mismo pudo decirse en otros países de América Latina respecto de filósofos españoles, pero de una generación anterior pues se trataba de los intelectuales provenientes del exilio de ideología republicana víctimas de la Guerra Civil (1936-1939).

Si hemos, entonces, de creer a don Guillermo Malavassi, con Constantino Láscaris se le da vuelta a una de las páginas del libro de la historia del pensamiento y, en general, de la cultura en nuestro medio, es decir, algo termina y algo comienza con la obra y el pensamiento de Láscaris en la historia de la filosofía costarricense. Esto nos plantea de entrada el difícil problema filosófico del “comienzo” de algo en la historia, que, a propósito de la historia de la filosofía precisamente, ocupaba a Hegel al inicio de sus cursos sobre la Historia de la Filosofía (Hegel, G.W.F.: 1955, Tomo 1, pp. 90 ss.). Hegel establece allí dos condiciones para que podamos hablar del nacimiento histórico de la Filosofía, en el sentido estricto de la palabra. No es la existencia del pensamiento lo que determina dicho nacimiento, pues este existe desde que el hombre existe. Dos son los requisitos para que podamos hablar de filosofía propiamente tal: primero, la capacidad de pensar el pensamiento, es decir, del pensarse a sí mismo y no sólo pensar algo y, segundo, la conciencia de la libertad como autoafirmación del sujeto humano, es decir, la toma de conciencia de que el acto humano es el punto de partida absoluto de todo: del pensar como comprensión y autocomprensión y del pensar como acción o capacidad de cambio.

Esto implica el surgimiento de condiciones en el seno de la sociedad donde nace la actividad filosófica, en especial, en la estructura política con el surgimiento y consolidación de un régimen democrático, que permita la libre expresión del pensamiento y su posibilidad real de incidir en los destinos históricos de la colectividad. Es por eso que Hegel considera que las civilizaciones orientales no fueron capaces de crear la filosofía y que ésta solo surge en Grecia. No otra cosa dirá Constantino Láscaris, sobre todo, a propósito de la cuestión en torno a que sí existe una filosofía “americana” que sea propia y estrictamente eso: auténticamente “filosofía” y originalmente “americana”. Estas son las palabras de Láscaris: “La humanidad es hoy una unidad, en el sentido de que los hombres tenemos todos la misma lógica” (Malavassi V., Guillermo: O.C. p. 83).

Por lo que a Costa Rica se refiere, Láscaris al llegar a nuestro país, luego de enamorarse de su gente y su paisaje (Láscaris, 1994, pp. 7 ss.) muy pronto descubre que es un país de filósofos, es decir, donde el pensamiento es cultivado y respetado socialmente desde los inicios de su vida republicana. Es por esta razón que Costa Rica posee un raro privilegio de haber fundado un Estado Nacional desde los albores de su Independencia, cosa que le evitó caer en el caos social y político que llevó a todos los países que conformaban el Antiguo Imperio Español a la ruina y a interminables guerras civiles a lo largo y ancho del siglo XIX (Láscaris, C. 1975, pp. 11 ss.). Esto subsiste hasta nuestros días, al menos en la región centroamericana donde, según Láscaris, hay seis países pero sólo uno alcanza el nivel de Estado-Nación: Costa Rica. De allí la estabilidad política, la paz que se respira en la convivencia entre los ciudadanos y en su relación con los poderes públicos y la posibilidad real de llevar una convivencia civilizada, donde la vida humana sea respetada y las libertades públicas y derechos individuales hagan posible un respeto real a la dignidad humana, que va más allá de las declaraciones de principios y de leyes y constituciones, o de declaraciones y proclamas en foros internacionales (Láscaris, C. 1994, pp. 7 ss.).

Y si el amor lleva al conocimiento, Láscaris dedica lo mejor de su inmenso talento, no sólo a la enseñanza y organización de los estudios filosóficos en todo el sistema educativo del país: Universidades, Escuela Normal, Escuela Normal Superior y segunda enseñanza, sin contar el recurso a publicaciones, artículos periodísticos, conferencias radiales y comentarios por la televisión, sino también a la investigación erudita, crítica y sistemática de la historia de nuestras ideas, primero en Costa Rica y luego en toda la región centroamericana. Sus indagaciones abarcan no sólo los estudios que él llama "librescos", es decir, indagación sistemática en fuentes primarias y autores autorizados, acerca de la historia y análisis de las ideas e instituciones de educación y cultura en nuestro medio, sino también la vida cotidiana con base en la experiencia personal extraída de la convivencia con los más variados sectores y regiones que configuran nuestro país en su geografía, en su historia y, sobre todo, en el contacto personal de muchos años con los más variados sectores del pueblo y personajes históricos, a través de aldeas y ciudades, al igual que recorriendo páginas y páginas de documentos y libros, revistas, y periódicos de todas las épocas y tendencias doctrinales e ideológicas.

Sin embargo, tanta erudición nunca lo hace perder su profunda humanidad y su sincera modestia. En cuanto a lo primero, una vez más el testimonio

personal de Malavassi es aquí imprescindible: “Uno de los rasgos más hermosos de su vida fue su generosidad. Se traducían en amistad leal, en aconsejar bien siempre y a quien lo buscara. En prodigarse enseñando, especialmente en dirigir tesis, en revisar borradores de libros, en impulsar proyectos filosóficos o de amplia índole cultural. Para quienes lo tratamos —fuimos discípulos, compañeros, amigos, desde 1956— era el maestro de los filósofos costarricenses. ¡Qué corazón grande tuvo! Ello se ponía en evidencia cuando de honrar a colegas se trataba: siempre tomaba la iniciativa como si él mismo fuera el festejado” (Láscaris y Malavassi, pp. 7-8).

En cuanto a su modestia, el recurrente testimonio del propio Láscaris nos hace pensar, incluso, que existe una cierta tendencia en su ánimo al pesimismo, que lo llevaba a menospreciar su propia obra. Prueba de ello es que frases como la siguiente se encuentran con frecuencia en su pluma: “Pretendo describir al costarricense en carne viva. En su conducta colectiva, en el idioma que habla a través de cada uno de los costarricenses. En las convicciones vividas sin pensarlas”.

“Es mucha pretensión. Por lo tanto, predestinada al fracaso. Pero esto no me ha arredrado en ningún momento. El único éxito al alcance de la mano es el fracaso a sabiendas. Si por desgracia algún costarricense se reconociera totalmente en todo lo que he escrito, el fracaso mío llegaría al colmo” (Láscaris 1994, pp. 10-11).

Esto lo lleva a ser el más lúcido y rígido crítico de su propia obra, como cuando escribe en el Prólogo a su obra capital *Desarrollo de las ideas en Costa Rica*: “En conjunto, el libro, tal como quedó, adolece de un defecto. Ni es obra de síntesis (pues es prolijo y detallista) ni por lo contrario es exhaustivo” (p. 17). En cuanto a sus juicios de valor, es igualmente crítico, como cuando dice: “He procurado ser objetivo y expositivo. No he evitado, sin embargo, dar juicios y opiniones, cuando se me han ocurrido. Es humano que haya figuras y obras que me atraigan más que otras. Pero he procurado con toda honestidad no ceder a mis gustos” (*Ibíd.*, p. 8). En síntesis y hablando de sus dos libros dedicados a Costa Rica (sin contar el de *La carreta*), todo lo reduce a una resignada expresión con un mal disimulado dejo de pesimismo: “No pretendo haber acertado en ninguno de los dos casos” (*Ibíd.*, p. 13).

Como se trata de una constante en su producción escrita (en sus conferencias a estudiantes, charlas radiales y conversación privada, era de un

talante mucho más optimista y ameno, incluso solía ser alegre y jocoso) esta aparente inclinación al pesimismo cuando de juzgar su propia obra y persona se trata, tiene en mi opinión su origen, no tanto en experiencias personales, ni en tendencias psicológicas de su personalidad, sino en su propio talante filosófico, que lo lleva a distinguir entre la filosofía con mayúscula y las filosofías concretas que se han dado en la historia. La filosofía solo es *perennis*, es decir, permanente y, por ende, verdadera en el sentido fuerte del término (“episteme” de Platón) en cuanto a su nivel noético, que la hace llegar a la máxima abstracción y, en consecuencia, a la mayor universalidad. Es solamente desde allí que la razón está en capacidad de formular los cuestionamientos básicos en torno al sentido de la existencia o de nuestro ser en el mundo, pero no en cuanto a las respuestas que los filósofos han dado o tratado de dar a través de la historia y que han hecho posible las diversas escuelas, periodos históricos o corrientes filosóficas que se estudian en los cursos de la filosofía académica o universitaria.

Las respuestas concretas que han dado los filósofos a través de la historia son siempre susceptibles de error y, en todo caso, limitadas, no sólo por los errores humanos de los filósofos, sino también en razón de dos principios metafísicos que nuestro autor invoca, a saber, la finitud humana y el devenir del tiempo histórico, que hace que la humanidad evolucione incesantemente. Lo primero es una limitante insuperable, es raigambre óptica; lo segundo, por el contrario, una posibilidad de enriquecimiento constante que atempera las limitantes propias de nuestra óptica finitud. Láscaris lo dice en estos términos: “Creo en una *razón evolutiva* (énfasis en el texto original), y en este sentido no tengo inconveniente en decir que soy historicista; pero, esto sí, un historicista que ve al hombre superando la Historia; no un esclavo de la Historia, sino al contrario, un hombre que esclaviza a la Historia bajo su poder. No creo que haya la *Filosofía* (énfasis en el texto original), creo que hay que filosofar. Para mí una *filosofía perenne* (énfasis en el texto original) consiste nada más en unos temas perennes; esto sí que es perenne; perenne en este leve lapso de la humanidad a que se ha referido antes el Dr. Santoro... Hay un filosofar perenne acosando los problemas perennes y el hombre va enriqueciendo su manera lógica de enfrentarse con estos problemas... El tener la misma (se refiere a la racionalidad griega) no quiere decir tenerla definitiva; lo mismo que la humanidad ha enriquecido su manera lógica de pensar, en el futuro es de esperar que haya otros enriquecimientos” (Malavassi, 1980, p. 83).

En conclusión y a pesar de que su especialidad fue siempre la historia de la filosofía, hay de manera evidente un trasfondo de la metafísica antropológica

que lo aleja tanto del materialismo dialéctico, como de la metafísica tomista y lo acerca a un racionalismo existencial e historicista, que él mismo reconoce en estos términos: “soy racionalista integral; por lo menos, en teoría quiero serlo. Para mí, la Filosofía, o es uso estricto y riguroso de la razón, o no es Filosofía. Pero, esto sí, la razón en realidad no es más que un término con el cual designamos unas operaciones mentales de unos hombres. Es este sentido, entiendo por razón la manera de pensar que se gestó en el Mediterráneo y que se universalizó...Es decir, si para mí la humanidad tiene humanamente un mérito, es precisamente el haber sido capaz de irse dando una manera de pensar, entre otras muchas, que ha sido la manera de pensar lógica, la razón” (*Ibíd.*, p. 82).

Es este trasfondo metafísico el que reconoce y señala D. Teodoro Olarte al ubicar filosóficamente a Láscaris con ocasión de su muerte. Transcribo las palabras de Olarte: “¿Era Constantino Láscaris un metafísico? La respuesta a esta pregunta tiene dos vertientes fundamentales: a) si conscientemente Láscaris se atenía a un sistema determinado de metafísica, y b) si elaboró orgánicamente tal sistema. Bastaría responder así al primer punto: ¡claro que sí! Su vocación filosófica no era algo positivo, sino vigorosamente auténtica; de lo contrario, jamás pudo aparecer la fuerza crítica que todos admiramos en él... Al punto segundo, respondo que no efectuó tal invención; con la libertad que le inspiraba su talento, tenía lo bastante” (Malavassi 1980, pp. 69-70).

Su talante personal lo inclinó más hacia lo concreto, tanto en la reflexión sobre la existencia humana, como en su enfoque hacia la historia de la filosofía. De nuevo, cedo la palabra a don Teodoro Olarte: “En otras palabras, le preocupaba más lo concreto tangible, que lo simplemente especulativo; fiel a la vocación de la filosofía actual, siempre se enfocó hacia la existencia humana, hacia la existencia comprometida” (*Ibíd.*). Más aún, en cierta ocasión expresa su admiración por J. P. Sartre y lo califica como su maestro.

Es por esta razón que, el propio Olarte reconoce que la especialidad de Láscaris no fue la metafísica ni el pensamiento filosófico sistemático, sino la historia de la filosofía y, en general, la historia de las ideas, materia en la cual el propio Olarte le reconoce un talento excepcional y una gran seriedad profesional. De nuevo, cito textualmente a don Teodoro: “En pocos intelectuales he podido admirar el mismo respeto por su especialidad como en don Constantino, especialidad que es al mismo tiempo limitación y fecundidad. Hablando de la especialidad en Láscaris, hay que apresurarse en aclarar que no se trata de

determinado conocimiento monolítico, negador de otros intereses culturales; con la expresión de especialidad se quiere señalar el punto de arranque para otros análisis y posturas intelectuales. La historia —singularmente la historia del pensamiento filosófico— era su especialidad. Con su correspondiente matización mediante un historicismo sin extremos ni rigidez alguna. Esto le orientaba hacia una tolerancia profundamente humana, puesto que el historicismo no sólo tiene presente la época histórica sino también cada una del tiempo biográfico, la evolución del hombre de carne y hueso, del hombre concreto. Para él, la persona humana es la natural dimensión de su reflexión filosófica” (O.C., p. 69).

En este, como en otros tantos puntos, Olarte tenía razón al evocar la figura de Constantino Láscaris. La labor de don Constantino en lo que se refiere a investigación y producción literaria en materia de historia de las ideas en Costa Rica y Centroamérica constituye, sin duda, el aporte más valioso y duradero, de su ingente producción filosófico-histórico-literaria. Su quehacer como profesor y director de tesis, fue también ampliamente dedicada a esta especialidad.

¿Cómo concebía el propio Láscaris su especialidad? Dejemos que sea él mismo quien nos lo cuente. En primer lugar, tuvo siempre el prurito de la objetividad y el rigor en cuanto a la búsqueda de fuentes, recopilación de datos y descripción de los mismos, separándolo de los juicios de valor, necesariamente subjetivos, escindiendo muy claramente ambos campos. En sus dos libros más importantes sobre historia de las ideas lo dice en sus respectivas introducciones. En su *Desarrollo de las ideas en Costa Rica* escribe: “He procurado ser objetivo y expositivo. No he evitado, sin embargo, dar juicios y opiniones, cuando se me han ocurrido. Es humano que haya figuras y obras que me atraigan más que otras. Pero he procurado con honestidad no ceder a mis gustos” (p. 8). Por su parte, al finalizar al *Prólogo* de su *Historia de las ideas en Centro América*, Láscaris insiste sobre el tema: “Igualmente debo justificar que me he atendido en todo momento a la cronología por encima de los juicios de valor. Considero que el historiador debe emitir juicios de valor (su mismo historiar es ya sucesión de juicios de valor), pero debe evitar, dentro de lo humanamente posible, la subjetividad. Las preferencias por un doctrinario o pensador sobre otro, implican exponerlo antes... Yo he preferido atenerme en esos casos al año de nacimiento. Mi juicio de valor viene dado en el número de páginas que a cada uno he dedicado y en la caracterización que de cada uno hago” (p. 14).

Este método de historiar las ideas explica su manera tan personal de enfocar hechos, periodos históricos y personajes, al igual de ideas y doctrinas, enfoques con los que uno no está necesariamente de acuerdo pero que, casi

siempre, eran originales y sugerentes. Es este rasgo característico de Láscaris en todo su pensamiento, pero especialmente en cuanto a la historia de las ideas, lo que le ha permitido a Olarte emitir la siguiente y acertada opinión: “Tenemos que abonar a su talento, el estilo original de interpretación de los hechos históricos y sociales para sujetarlos a su perspectiva lógica, alguna vez un tanto forzada y arbitraria. Lo que uno admira por fuera tiene que negarlo piadosamente por dentro. Era su gracia y su don muy personal” (Malavassi V., Guillermo: *O.C.*, p. 70).

En todo su enfoque epistemológico, hay un evidente trasfondo positivista, aunque profundamente influenciado por el ambiente existencialista de posguerra, que nuestro autor absorbió sobre todo como actitud vital, durante su periodo de estudios en la Universidad de París, época de gran trascendencia en su vida personal, pues allí conoció también a quien habría de ser luego su esposa y madre de sus hijas.

De este original híbrido, surge una concepción de “paisaje” que va a constituir el enfoque propio con que analizará la historia, tanto de las ideas como en general de nuestro país y del resto de los países de la región. Dado el encanto de su exposición, no resisto la tentación de transcribir sus palabras literalmente tomadas del ensayo *Continentalización y universalización de la razón* (en Malavassi 1980, pp. 72 ss.). “Si se tiene en cuenta, apunta Láscaris, que es hoy concepto extendido de Geografía el entender esta disciplina como “La ciencia del *paisaje*”, no resultará difícil relacionar con el *paisaje* (el subrayado es del texto) —nunca realidad extrahumana— a la raíz, no ya sólo del filosofar, sino, por imposición helénica, de las formas de entender al hombre como hombre desde los griegos, es decir, la corresponde una manera de razonar”.

La razón de este determinismo marcado por la geografía humana, Láscaris la da en el siguiente párrafo: “El *paisaje* no es lo dado ante el hombre. Es lo vivido por el hombre de lo dado ante él. Pero el hombre vive, de lo dado ante él, lo que él incluye en su mundo. Es decir, el *paisaje* no le es impuesto, sino que él impone el *paisaje* a la naturaleza. En consecuencia, cualquier hombre de nuestro tiempo vive un *paisaje*, resultado, en un aspecto, de sus propias estructuras mentales, y estas, por muchas generaciones no conscientes que le precedan, están inferidas por la razón de raíz helénica”.

Sobre la importancia del “paisaje” así concebido como factor explicativo y como tema central de las filosofías nacionales en torno a la problemática de la identidad nacional, en mi obra *La identidad nacional en la filosofía*

costarricense (Mora, 1997, pp. 63 ss.) me he extendido ampliamente, pues no sólo Láscaris, sino también Luis Barahona lo trata en su primera obra *El gran incógnito*, en su primer capítulo significativamente titulado *El ambiente geográfico* (Barahona, 1953. p. 9). A este propósito y en la obra citada, me permití hacer el siguiente comentario, que corresponde plenamente a las ideas de Láscaris que comentamos: “Esto nos explica por qué el primer párrafo de la obra se titula *El ambiente geográfico*, como si la geografía tuviese “ambiente”, es decir, no estuviese compuesta de cosas materiales, como ríos y montañas, valles y llanuras, sino por atmósferas humanas, espacios culturales hogareños o públicos. Entre el hombre y la geografía que lo rodea hay una relación dialéctica, mutuamente se relacionan y esta relación deja una honda huella en uno y otra, hasta el punto de que el paisaje llega a formar parte del alma de un pueblo y esta, a su vez, resulta inexplicable sin aquel” (pp. 64-65).

Resumiendo y a guisa de conclusión de este ensayo, definiendo la ubicación de Constantino Láscaris en la historia del pensamiento filosófico costarricense y su significación en el mismo, solo nos resta reiterar lo ya dicho en nuestra obra antes citada: “Sin duda, pasará (Láscaris) a la historia por ser el institucionalizador de la filosofía profesional en el país” (p. 123). Antes de él existieron la literatura y la enseñanza de la filosofía en nuestro medio desde el siglo pasado, como el propio Láscaris lo reconoce. Antes de él hubo costarricenses que tuvieron y formularon por escrito una concepción filosófica propia y generaron hondos debates, que repercutieron en el ambiente cultural del país. Antes de él se enseñaba profesionalmente la filosofía en nuestra Universidad. Pero solo con él, la filosofía adquirió una institucionalidad y un lugar de prestigio en la vida cultural costarricense y que hoy día constituye su mejor legado. Nos corresponde a las actuales y futuras generaciones de cultores de la filosofía enriquecer y fortalecer ese legado.

BARAHONA, Luis: *El gran incógnito*, Editorial Universitaria, San José, 1953.

BIBLIOGRAFÍA

HEGEL, G.W.F.: *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, tomo 1, Fondo de Cultura Económica, México, 1955.

LARROYO, Francisco: *La Filosofía iberoamericana*, Editorial Porrúa, México, 1978.

LÁSCARIS, Constantino: *Desarrollo de las ideas en Costa Rica*, Editorial Costa Rica, San José, 1975, Segunda edición.

LÁSCARIS, Constantino: *El costarricense*, EDUCA, San José, 1994, 8ª. edición.

LÁSCARIS, Constantino: *Historia de las ideas en Centro América*, EDUCA, San José, 1982, Segunda edición.

LÁSCARIS, Constantino y MALAVASSI, Guillermo: *La carreta costarricense*, Editorial Costa Rica, San José, 1985, Tercera edición.

MALAVASSI V., Guillermo (Introducción y selección): *Olarte, Láscaris y la Filosofía latinoamericana*, Editorial Universidad de Costa Rica, San José, 1980.

MORA Rodríguez, Arnoldo: *Historia del pensamiento costarricense*, EUNED, San José, 1992.

MORA Rodríguez, Arnoldo: *La identidad nacional en la filosofía costarricense*, EDUCA, San José, 1997.